

ONTOPOLÍTICAS DEL CUERPO TRANS: CONTROVERSIA, HISTORIA E IDENTIDAD

Siobhan GUERRERO
Leah MUÑOZ

SUMARIO: I. *Una filosofía para pensar al cuerpo trans.* II. *Una historia ontológica del cuerpo trans.* III. *Ontología, actualidad y controversia: el cuerpo trans deviniendo.* IV. *Bibliografía.*

Nuestro objetivo en el presente ensayo es tripartito. Primero, buscamos construir un marco teórico para pensar la historia del cuerpo trans y lo que podríamos llamar, siguiendo a Annemarie Mol, la *política ontológica* de dicho cuerpo. En este sentido, avanzamos una lectura en términos de cuerpos, subjetividades e identidades radicalmente históricas, muy en el sentido de la *ontología histórica* de Ian Hacking, inspirada a su vez en los trabajos de Michel Foucault. Consideramos que esta radical historicidad implica concebir al cuerpo trans como resultado de diversas controversias —à la Latour— en las que participaron comunidades de médicos y legos y que gestaron tanto los discursos como las diversas culturas materiales que sirvieron de superficies de emergencia de dichas corporalidades. Segundo, buscamos esbozar la historia política de estas corporalidades y de las diversas condiciones de posibilidad que las han ido haciendo posibles, pero, de igual manera, que las han ido transformando, alejándolas de un discurso médico y acercándolas a un discurso centrado en la autonomía, el derecho y la identificación. Tercero, buscamos examinar cómo las controver-

sias contemporáneas en torno al cuerpo trans implican una nueva transformación no únicamente de cómo se habita y piensa a dichos cuerpos, sino de cómo, en general, habitamos y pensamos los cuerpos, seamos sujetos cis o trans. Identificamos tres grupos de controversias actuales: el embate del feminismo trans excluyente, el debate en torno a infancias trans y, finalmente, el debate en favor de la despatologización.

I. UNA FILOSOFÍA PARA PENSAR AL CUERPO TRANS

El término *ontopolítica* o *política ontológica* fue acuñado por Annemarie Mol,¹ etnógrafa holandesa especializada en temas de corporalidad y afamada contribuyente de la teoría del actor red (ANT), originalmente elaborada por Bruno Latour y John Law. Mol acuñó dicho término para hacer referencia a cómo el cuerpo no puede ser estudiado por medio de análisis que lo escindan, por un lado, en un soma biológico y causalmente estructurado, como lo entenderían la biología y la medicina o, por otro lado, en una suerte de superficie de inscripción infinitamente dúctil y sobre la cual operaría la cultura al moldearlo en función de imperativos y normas sociales desmaterializados e incorpóreos.

Precisamente el término política ontológica busca dejar en claro la inseparabilidad entre la ontología del cuerpo y los contextos sociales y políticos dentro de los cuales dicho cuerpo se encuentra situado. Mol, desde luego, no ha sido la única autora que ha sostenido tesis antidicotómicas a la hora de abordar al cuerpo como un objeto de estudio; importantes fenomenólogas feministas como Elizabeth Grosz² o Gail Weis³ han realizado propues-

¹ Mol, Annemarie, *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice*, Durham, Duke University Press, 2002.

² Grosz, E. A., *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*, Indiana, Indiana University Press, 1994.

³ Weis, G., *Body Images: Embodiment as Intercorporeality*, Nueva York, Routledge, 2013.

tas semejantes a través de su recuperación del término “imagen corporal”, originalmente desarrollado por el psicoanálisis y luego retomado por filósofos como Merleau-Ponty.

Sin embargo, la novedad del trabajo de Annemarie Mol radica en la forma en la cual ella diagnostica una serie de sesgos acerca de cómo se ha estudiado al cuerpo para, posteriormente, hacer un abordaje que recupere el carácter objetual del cuerpo sin objetivar a los sujetos que son/habitan dichos cuerpos. Con respecto a lo primero, Mol ha señalado que el cuerpo ha solido estudiarse por medio de divisiones disciplinarias que precisamente lo escinden en términos de un cuerpo biológico y un cuerpo social. Por ejemplo, la biomedicina se ha ocupado tradicionalmente de estudiar las enfermedades, concebidas como disfunciones o desórdenes orgánicos, mientras que la sociología de la medicina más tradicional ha abordado los padecimientos en tanto las experiencias fenomenológicas que se experimentan al tener cierta enfermedad y que estarían cargadas de significados y metáforas socialmente mediadas.

Mol considera que estos abordajes son equivocados, pues, o bien sacrifican el carácter objetual, causalmente estructurado y material del propio cuerpo, o bien sacrifican las dimensiones fenomenológicas y culturales del mismo. Además, estas visiones dicotómicas suelen pasar por alto que el cuerpo adquiere ciertas lecturas en función de las prácticas que llevamos a cabo con él, en función de los contextos que nos engloban. Así, un cuerpo experimenta una limitación o una experiencia de goce en términos de las prácticas del contexto en que se localiza y no de una manera absoluta y ajena a cómo los sujetos se colocan en diversas relaciones sociales.

En cualquier caso, Mol acuña el concepto de *ontonormas* para hacer posible un análisis que dé cuenta de ambas dimensiones del cuerpo sin menoscabo de ninguna. Para señalar que el cuerpo es, a la vez, bioquímica, biomecánica, fisiología, ontogenia, anatomía o morfología, pero también la herramienta de trabajo más fundamental, el sitio de placer por antonomasia o el asiento de

los dolores. Es decir, el cuerpo es a una misma vez objetual-material y semiótico-normativo. Hay cuerpos que se juzgan sanos o enfermos, hegemónicos o abyectos, naturales o contra-natura. Y esos aspectos, sostiene Mol, no pueden pensarse sin atender a una misma vez las cargas normativas inscritas en el cuerpo y las instancias materiales o arreglos que son tomados como los dominios de aplicación de dichas normas.

Ahora bien, esta concepción del cuerpo nos importa porque en este ensayo buscamos justamente abordar un tipo concreto de cuerpo: el cuerpo trans. Nos interesa reflexionar acerca de las condiciones históricas en las cuales emerge dicha corporalidad, prestando especial atención a los discursos que lo han moldeado, a los agentes que fueron fundamentales en su constitución —las propias personas trans, en conjunción con médicos, sexólogos, psiquiatras, endocrinólogos, pero también activistas e incluso destructores del propio cuerpo trans—, a las culturas simbólicas y materiales que le han hecho posible desde espacios de emergencia como el derecho, la medicina y la protésica, a las controversias que lo han ido y lo siguen conformando, controversias etiológicas, psiquiátricas, sexológicas, jurídicas, filosóficas, e incluso feministas.

Entendemos al cuerpo trans y al sujeto trans como radicalmente históricos, como ejemplos de *ontologías históricas* en el sentido de Ian Hacking.⁴ Ontologías y no epistemologías porque no consideramos que la sexualidad, ni en los aspectos relacionados con el deseo ni en aquellos relacionados con la corporalidad, la identidad y la orientación, remitan a naturalezas humanas trans-históricas. No creemos en la panculturalidad de la homosexualidad o de la transexualidad, pero tampoco de la heterosexualidad o cisgeneridad. No creemos que el aparato psíquico del sujeto sea históricamente invariante y que simplemente hayan cambiado las formas en las cuales éste se representa o se describe. Tampoco

⁴ Hacking, I., “Historical Ontology”, *In the Scope of Logic, Methodology and Philosophy of Science*, Ámsterdam, Springer Netherlands, 2002, pp. 583-600.

creemos en corporalidades estables a través de los devenires de las culturas.

No creemos en ninguna de estas tesis porque, como ha hecho ver Paul Preciado,⁵ el cuerpo trans en concreto está atado a contextos tecnológicos específicos con el surgimiento de la endocrinología, de la síntesis de hormonas, pero también a contextos propios de una psiquiatría y sexología que se encontraron con un sexo psicológico que no podía fundarse, reducirse o rastrearse a las diversas modalidades orgánicas del cuerpo sexuado, sean éstas los cromosomas, los niveles hormonales, los genitales, los gametos, etcétera. Pero no es ésta la historia de un cuerpo determinado por la tecnología, ya que aquí también fueron irrumpiendo nuevas formas de ir entendiendo al hecho mismo de estar sexuados y sexuadas dentro de un cuerpo social que otorga posiciones en función de este aparente *factum* y que tienen que ver con la historia de los feminismos y cómo éstos hicieron posible pensar al sexo social como algo que tampoco podía colapsarse en anatomía.

Yendo aún más lejos, consideramos que no es defendible una mirada transhistórica o pancultural del cuerpo, de la subjetividad, de la identidad o del deseo, porque ello requiere llevar a cabo una radical escisión entre el cuerpo como soma y el cuerpo fenomenológicamente habitado, mediado en su propia relación consigo mismo por imperativos sociales situados. Justo esta escisión es la que resiste Mol, esta escisión entre un soma biológicamente caracterizable y presuntamente común a toda la humanidad, como si el tiempo evolutivo se hubiera acabado con el advenimiento de la cultura, como si hubiésemos dejado de co-construirnos mientras construíamos nichos en hábitats variables. No, ni el soma mismo admite ser pensado de forma transhistórica; no es éste una base común a toda la humanidad, pues particulares han sido también nuestras relaciones ecológicas, alimentarias y simbióticas.

⁵ Preciado, P., *Manifiesto contra-sexual: prácticas subversivas de identidad sexual*, Madrid, Pensamiento Opera Prima, 2002.

Así pues, los esfuerzos de transhistorizar al sujeto y al cuerpo suelen fundarse en un biologicismo que, primero, nos separa entre un soma orgánico y un revestimiento cultural de poca profundidad para, después, rastrear a esa base orgánica un listado de atributos que queremos presentar como naturales y sempiternos.⁶ Pero si esta escisión es imposible, como defiende Mol, y si, además, el propio soma es también radicalmente histórico, modificado siempre por su carácter material, entonces no está disponible este sendero a la eternización de rasgo alguno.

Y tampoco estará disponible la apuesta análoga que asume que un mecanismo general de constitución de un sujeto a nivel psíquico, como lo ha hecho en gran medida cierto psicoanálisis, es el camino hacia esa postulación de un sujeto transhistórico. Aquí de nuevo se postulan pulsiones que anteceden a todo revestimiento cultural o dinámicas estructurales presuntamente panculturales. Marcuse⁷ ha sido ya muy enfático en la historiación de dichas pulsiones y su maleabilidad al interior del capitalismo. Pero si de lo que se trata es de explicar identidades y deseos categorialmente acotados, entonces no podemos perder de vista el anclaje semiótico de identificarse y desear un anclaje abierto a los devenires del lenguaje y la simbolización. Al no haber simbolizaciones transhistóricas no puede haber actos categorialmente acotados y con anclaje semiótico que puedan ser transhistóricos.

Lo anterior se traduce en que, así como los *paidika* griegos no son los gays modernos,⁸ ya que a la primera categoría la estructura un homoerotismo cruzado por eje de la edad, la enseñanza y la ciudadanía, elementos ausentes en la segunda, así tampoco son los cuerpos transexuales/transgéneros los mismos cuerpos de las

⁶ Mc Manus, F., "The Structure of Explanations and Counter-Explanations of Homosexuality", *The Open Journal of Philosophy*, 2(4), 2012, pp. 235-243.

⁷ Marcuse, H., *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*, Nueva York, Beacon Press, 2015.

⁸ Guerrero McManus, F., *¿Naces o te haces? La ciencia detrás de la homosexualidad*, México, Paidós, 2013.

muxe o de sujetos que históricamente no se alinearon con el binario. En el primer caso, el sujeto de deseo no se construye como un hombre sino como un efebo, de allí la historicidad radical de una categoría que estructura un deseo. En el segundo, no sólo se dispone de tecnologías diferentes o herramientas jurídicas antes ausentes, sino de un aparato categorial que ha tomado distancia del lema de que la anatomía es destino y ha comenzado a pensar la posibilidad de devenir hombre desde un cuerpo femenino o devenir mujer desde un cuerpo masculino. Aquí hay, por supuesto, una innovación histórica en las formas de ser sujeto que no admite transhistorización alguna.

Todo lo anterior nos conduce, por ende, a un compromiso radical con la historicidad ontológica del cuerpo trans, de la identidad trans, de su misma materialidad. Entendemos así al cuerpo como materia organizada históricamente organizada. Una historicidad donde se conjugan tres tiempos: el evolutivo-ecológico del soma; el cultural, que versa sobre cómo se constituye un cuerpo sexuado en sociedad y, desde luego, el biográfico. Pensamos también en una organización que remite a una materialidad somática-orgánica pero también propia de un cuerpo que labora, embebido en relaciones de producción, distribución y consumo, embebido en dinámicas que lo posicionan en una clase, género, raza o etnia; por último, pensamos en esa materialidad fenomenológica del cuerpo que se habita, que se habita y se vive distinto no sólo en función de una diferencia sexual, sino también atendiendo a diferencias étnicas o raciales, e incluso en términos de nuestra propia diversidad funcional.

Este cuerpo, por tanto, no puede ser comprendido si no rastreamos sus superficies de emergencia, conformadas por discursos, disciplinas y espacios científicos, médicos y políticos. Su comprensión remite a entender los procesos sociales que lo inscriben con significados particulares o que conllevan la incorporación de tecnologías prostéticas o neohumorales que lo transforman. Estos conceptos, inscripcionalidad e incorporación, han sido ya

trabajados por filósofos como Derrida⁹ o Butler,¹⁰ en el primer caso, o por Haraway¹¹ y Preciado,¹² en el segundo.

En ese sentido, el cuerpo trans lleva las marcas inscritas en él por una historia de patologización y abyección. Pero también por su fetichización, exotización y objetivación como un cuerpo consumible, no sólo en tanto producto o mercancía sino como un cuerpo descartable. Está, desde luego, cruzado por los simbolismos del género, que se inscribe en él para resistir la identidad de género de quien lo habita, por un lado, y para expresar esa misma identidad, por otro. Y este punto nos lleva de la inscripcionalidad a la incorporación, en la cual la medicación tecnológica, sea prostética o neohumoral, se vuelve central. Las prótesis no remiten siempre a aceites, silicones o biopolímeros; también la ropa es prostética y sirve a una función de generizar. Y las tecnologías neohumorales de las intervenciones hormonales, que no todo cuerpo trans instancia, son otro vehículo de incorporación. Hay que decir, finalmente, que una dinámica más sería la desincorporación literal o figurada de partes del cuerpo que se eliminan de la imagen corporal psíquica y social.

Estos mecanismos, desde luego, son ellos mismos históricos y se gestaron a la luz de discursos, disciplinas y espacios de emergencia específicos. Su historicidad está atada a la historicidad del propio cuerpo trans. Y también refleja el último punto de este marco analítico que hemos introducido para poder así narrar una historia ontológica del cuerpo trans. Nos referimos aquí al ámbito de las controversias en esa acepción latouriana que remite a cómo se constituye un hecho científico.

⁹ Derrida, J., *Specters of Marx: The State of the Debt, the Work of Mourning and the New International*, Nueva York, Routledge, 2012.

¹⁰ Butler, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of Sex*, Nueva York, Taylor & Francis, 2011.

¹¹ Haraway, D., *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge, 2013.

¹² Preciado, P., *op. cit.*

Si Foucault¹³ describió a la nueva ciencia del sexo como conformada dentro del eje subjetividad-deseo-verdad, entonces cabe la pregunta de cómo se van conformando las verdades de esos cuerpos. Foucault ofreció una serie de metodologías arqueo-genealógicas que reconocemos como valiosas pero que buscamos completar por medio de la noción de controversia¹⁴ para señalar cómo diversas redes de actantes, esto es, de agentes humanos y no humanos, configuran posiciones encontradas que apoyan o debilitan la posibilidad de juzgar algo como un hecho.

Allí no sólo median las reticencias conservadoras de quienes defienden miradas transhistóricas y biologicistas (o religiosas) de los sexos y los géneros o de quienes buscan legitimar identidades al hacerlas sempiternas. Allí también se juega el rol causal-material de un sexo somático, un sexo pensado como la forma en la cual se estructura causalmente un cuerpo a lo largo de su ontogenia y en torno a sus funciones reproductivas y socio-sexuales, un rol en el cual las hormonas, la genitalidad o la anatomía podrían o no haber determinado al sexo psíquico.¹⁵ La controversia implica reconocer esto como una posibilidad histórica que se decantó de una forma que hoy no admite reduccionismos.

Por último, la controversia remite a las relaciones entre médicos y sujetos que se presentan como lo que hoy leeríamos como personas trans; médicos que, por un lado, buscarán reclutar elementos psicológicos, fisiológicos o anatómicos para explicar e intervenir a estos sujetos. Sujetos que, por otro lado, buscan reclutar la experticia médica en función de su realización personal. Así, la controversia ilumina cómo interactúan las agencias materiales y discursivas de humanos, moléculas, órganos, estructuras

¹³ Foucault, M., *The History of Sexuality: An Introduction*, Nueva York, Vintage, 1990.

¹⁴ Latour, B., "On Actor-Network Theory: A Few Clarifications", *Soziale Welt*, 1996, pp. 369-381; Harman, G., *Prince of Networks: Bruno Latour and Metaphysics*, Londres, re-Press, 2010.

¹⁵ Freeman, S. K. y Meyerowitz, J., *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

sociales y demás en la producción de hechos que abren o cierran caminos ante ciertas formas de subjetividad y corporalidad.

Ésta es, pues, nuestra apuesta analítica. Un cuerpo histórico, no escindible, no sobredeterminado ni tampoco infinitamente dúctil. A la luz de esto, habremos de intentar, en la próxima sección, narrar su historia ontológica para, posteriormente, cerrar con las tres controversias mencionadas al inicio.

II. UNA HISTORIA ONTOLÓGICA DEL CUERPO TRANS

Trazar la historia del cuerpo trans es trazar la historia política de un cuerpo que emergió por múltiples actores, conocimientos y tecnologías en contextos situados. No es una historia que busque marcar una determinación fundamental que encorsete de una vez y para siempre lo que debe ser este cuerpo. Tampoco es una historia que haga del cuerpo trans un producto nacionalista. Por el contrario, es la historia de un cuerpo que se reclama multinacional, que ha ido de lo local a lo global, producto de la globalización del conocimiento con el transporte de los modelos sexuales médicos hegemónicos del capitalismo luego de la segunda posguerra, pero también con el transporte y apropiación de distintos discursos activistas y feministas por parte de las personas trans. Es la historia de la construcción de significados y tecnologías¹⁶ en un cuerpo en movimiento, en el devenir de la lucha política de aquellos que lo encarnan.

1. *El siglo XIX y los sexólogos*

Podemos esbozar los orígenes del cuerpo trans en los inicios del siglo XX con el surgimiento de la categoría “transexualidad”; sin embargo, es necesario voltear un poco más atrás para enten-

¹⁶ Haraway, D., *op. cit.*

der porque la transexualidad surgió como una categoría médica que hacía referencia a una patología sexual.

A finales del siglo XVII, en occidente se fue construyendo en el imaginario social una “verdad sobre el sexo” a través de una expansión de discursos que delineaban la sexualidad normal y patológica. En este contexto se definen las “desviaciones sexuales” y surgen categorías como “homosexual”. Sin embargo, es hasta finales del siglo XIX que se encuentran en la medicina las primeras referencias a lo trans en los trabajos del psiquiatra Krafft-Ebing en 1877. Él hacía referencia a un tipo específico de homosexuales que sufrían de “metamorfosis sexualis paranoica” y se identifican fuertemente con el sexo opuesto queriendo modificar sus características sexuales.¹⁷

Es en los inicios del siglo XX que los sexólogos Magnus Hirschfeld y Havelock Ellis separaron la homosexualidad y catalogaron otro tipo de experiencias bajo el término de “travestismo”, que no sólo incluía identificación con el género opuesto sino también el portar la ropa del otro género.¹⁸

Aunque la categoría “transexual” y “transexualismo” surgieron décadas más tarde, las conceptualizaciones de cambio de sexo y cirugía de cambio de sexo, fuertemente asociadas a estas categorías, existían ya desde antes gracias a las experimentaciones en los campos de la fisiología. En 1910, en Austria, el médico fisiólogo de la Universidad de Viena Eugen Steinach fue el primero en incursionar en los cambios de sexo en animales de laboratorio para más tarde llevar esos conocimientos y prácticas al Instituto para la Ciencia Sexual de Magnus Hirschfeld, que se encargó de publicitar y llevar a cabo cirugías de cambio de sexo a pacientes que etiquetaban de “transvestis”.

Los estudios de Steinach, que se basaban en trasplantes de gónadas entre sexos, no solamente atribuían el sexo, el género y la sexualidad a las secreciones de las gónadas, sino que además

¹⁷ Pons, A. y Garosi, E., “Trans”, en Alcántara, Eva y Moreno, Hortensia, *Conceptos clave en los estudios de género*, México, UNAM-PUEG, 2016.

¹⁸ Freeman, S. K. y Meyerowitz, J., *op. cit.*

iban configurando la posibilidad médica de transformar el sexo de los animales.

En 1923 Magnus Hirschfeld publicó un artículo en el cual usaba el término *seelischen Transsexualismus* (transexualismo del alma), que asociaba a los invertidos. Luego de visitar en Viena a Steinach divulgó sus trabajos y en 1920 comenzó a organizar las primeras cirugías de cambio de sexo en Europa.

La transexualidad moderna emergió en un contexto en donde el aparato tecnológico médico después de la Segunda Guerra Mundial posibilitó la intervención del cuerpo de una forma cada vez más especializada al permitir llevar a cabo cada vez mejores cirugías de cambio de sexo (vaginoplastia y faloplastia), cirugías plásticas y tratamientos hormonales, es decir, la tecnología posibilitó nuevas corporalidades y subjetividades.¹⁹ Sin embargo, reducir la emergencia de la transexualidad a un determinismo tecnológico es pasar por alto que en distintas partes del mundo, antes de que emergiera la transexualidad moderna con sus propios protocolos médicos y tecnológicos, existían tecnologías con las que el cuerpo se intervenía (que de hecho eran las que permitían las cirugías de cambio de sexo en Europa), en donde se removía el aparato reproductor, gónadas y pechos enfermos o dañados, y se hacían trasplantes de gónadas o se utilizaban extractos de hormonas.²⁰

La tecnología por sí misma no posibilitó la transexualidad, fue necesario un reencuzamiento de las tecnologías sobre la base de distintas concepciones acerca del sexo, el cuerpo y las libertades sexuales. En Alemania, donde comenzaron los cambios de sexo, el propio Magnus Hirschfeld era parte de un movimiento político para remover los obstáculos legales y médicos que impedían a homosexuales y transvestis vivir su sexualidad.

A finales del siglo XIX e inicios del siglo XX las concepciones sobre el sexo comenzaron a moverse. Surgió la teoría de naturale-

¹⁹ Preciado, P., *Testo Yonki*, Barcelona, Huertas, 2008.

²⁰ Freeman, S. K. y Meyerowitz, J., *op. cit.*

za humana bisexual, del filósofo austriaco Otto Wininger y Magnus Hirschfeld, en la que decían que existen gradaciones internas que llevarían al hermafroditismo o a otras formas atenuadas que entrarían dentro de la normalidad. Esta teoría sirvió al sexólogo británico Havelock Ellis para decir que la bisexualidad humana podía proveer las bases biológicas del travestismo en donde figuraban predisposiciones anatómicas e influencias hormonales.

En esta nueva concepción del sexo es que el recién nacido campo de la endocrinología innovaría en dejar en segundo plano a las gónadas como determinantes del “sexo verdadero” y en colocar a las hormonas como los nuevos marcadores del sexo. Tampoco los genitales ni el aparato reproductor ni los más tarde descubiertos cromosomas, ocupaban el mismo plano que las hormonas.

Steinach creía que la línea entre los sexos no era tan clara y que las hormonas pueden inhibir las características sexuales dominantes de un organismo y estimular las características sexuales latentes. Las décadas de los años veinte y treinta fueron de gran descubrimiento para la endocrinología, ya que el encontrar ambas hormonas en ambos sexos apoyaría la noción de que los sexos son más parecidos que opuestos. El concepto de cambio de sexo tenía sus bases así en la teoría de la bisexualidad humana.

2. *Harry Benjamin, Robert Stoller y John Money*

La transexualidad moderna está sostenida en las aportaciones de Harry Benjamin, Robert J. Stoller y John Money. Tres figuras clave dentro de la medicina y psicología en la segunda mitad del siglo XX que construyeron la transexualidad.

En 1949 aparece por primera vez el término “transexual” en el artículo “Psychopathia Transsexualis” de David Cauldwell, haciendo referencia a los sujetos que deseaban cambiar su sexo. Cauldwell se oponía a realizar cirugías a los pacientes que pedían cambio de sexo.

Es Harry Benjamin en Estados Unidos quien, venido de la tradición de la ciencia sexual alemana, se opone al *establishment* médico estadounidense (más fuertemente anclado en un entendimiento de la transexualidad como psicopatología) y comienza a dar tratamientos hormonales a pacientes transexuales en vez de intentar curarlos psicoterapéuticamente. Justo como lo pensaba la ciencia alemana, él creía que los transexuales tenían una causa somática; de hecho, Benjamin, en 1949, comienza con la idea del cuerpo equivocado al señalarle a una de sus pacientes que él la consideraba “una mujer que accidentalmente poseía el cuerpo de un hombre”. Esta idea de una disociación entre cuerpo y mente la tomó de Karl Heinrich Ulrichs, quien en 1860 había establecido el concepto de “alma de mujer en el cuerpo de hombre”.

Este supuesto malestar por una disociación entre mente y cuerpo ha acompañado el entendimiento de la experiencia trans desde su concepción hasta nuestras fechas, como lo expresa el término disforia de género.

En 1940 surge la categoría de “sexo psicológico” para explicar la pertenencia de los pacientes a ser hombres o mujeres en el caso de la intersexualidad. Los médicos consideraban que el sexo psicológico estaba fuertemente anclado y, si era social o biológico, era difícil modificarlo. Más tarde, esta categoría se trasladó a los pacientes transexuales y fortaleció las intervenciones médicas frente a las intervenciones psicoterapéuticas.

En la década de 1950, John Money y sus colaboradores, negando los enfoques psicoanalíticos y los modelos biológicos, acuñaron la categoría de “género” para explicar las influencias ambientales que generaban el sexo psicológico de los intersexuales, originando explicaciones de corte social.

En 1964, el psiquiatra Robert J. Stoller, basándose en el término de género, acuñó la categoría “identidad de género” para hacer referencia al sentido propio de pertenecer a un sexo particular. A diferencia de la categoría “rol de género”, identidad de género hacía referencia a un sentido subjetivo del yo y no propia-

mente a comportamientos masculinos o femeninos. Stoller tenía una etiología sobre la transexualidad más de corte psicodinámica que biológica o social.

Harry Benjamin, en 1966, hace público su texto *The Transsexual Phenomenon*, en donde describe que el sujeto transexual es quien desea vivir física, sexual y mentalmente como si fuera del otro sexo. Apoyándose en estas teorizaciones sobre la identidad de género defiende su modelo de tratamiento hormonal y quirúrgico para los transexuales.

Tanto Benjamin como Money y Stoller, herederos de la teoría sobre la bisexualidad humana, compartían una visión del sexo como algo que podía ser modificado con las tecnologías hormonales y en donde los aspectos cromosómicos no ocupaban la parte determinante. Benjamin separó el sexo en siete partes: cromosómico, genético, anatómico, legal, gonadal, germinal, endócrino, psicológico y social (crianza sexual), y dentro de esto reconoció que algunos aspectos, como lo anatómico y lo hormonal, nunca eran enteramente de machos o hembras y que incluso podían modificarse.²¹

3. La década de 1980: patologización del cuerpo trans

A partir de la década de 1980 la transexualidad aparece ya oficialmente patologizada dentro del *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría, una de las instituciones médicas más poderosas a nivel mundial.

El diagnóstico de “transexualismo” aparece por primera vez en el DSM-III, definido como “un trastorno en la esfera sexual que se caracteriza por un persistente malestar en el sexo asignado y una constante preocupación por modificar las características sexuales primarias y secundarias, adquiriendo las del otro sexo, a través de tratamientos hormonales y quirúrgicos”.²²

²¹ Freeman, S. K. y Meyerowitz, J., *op. cit.*

²² Pons, A. y Garossi, E., *op. cit.*

En la década de 1990 la categoría de transexualismo es sustituida por la de “trastorno de identidad de género” en los manuales internacionales de patologías mentales de la APA y la OMS: DSM-IV y CIE-1 (Clasificación Internacional de Enfermedades), respectivamente

En 2013 ocurrió la última modificación a la versión V del DSM, en donde la categoría de “trastorno de identidad de género” es cambiada por la de “desorden de disforia de género”, sin modificar de forma sustancial la patologización existente.

4. *El activismo trans*

Luego de que en los años sesenta fuera quedando más claro el modelo médico sobre la transexualidad, comenzó a surgir en esa misma década un activismo transexual que se informaba sobre los enfoques médicos y veía posible la transformación corporal.

Las primeras militancias transexuales demandaban la cirugía de cambio de sexo como parte de una búsqueda de autenticidad, además de que se criticaban los modelos médicos de la transexualidad que la presentaban como una enfermedad o un desorden. Lo anterior ligado a la lucha en contra de la discriminación y los riesgos que vivían en el acoso cotidiano tanto por la policía como por la transfobia.

Mucho del discurso de las organizaciones activistas transexuales estaba influido por el discurso de los derechos civiles, que tenía un correlato en otras luchas sociales en ese momento.

Este incipiente movimiento transexual, unido a distintas expresiones artísticas, fue lo que llevó a configurar a finales de los años sesenta e inicios de los años setenta una contracultura más claramente definida. En esta contracultura surge la “segunda ola” del movimiento transexual, que tenía un cuestionamiento más claro hacia la autoridad médica y abogaba por la despato-logización. A la par de la lucha contra el poder médico, desde

los años sesenta también existían esfuerzos de las personas transsexuales para intervenir en el terreno legal y cambiar su sexo y nombre.

En los años setenta surge el concepto de transgénero, acuñado por Virginia Prince como una alternativa a las categorías de travesti y transexual, ya que para ella ser transgénero era vivirse plenamente como el otro género sin necesidad de recurrir a las cirugías de reasignación genital de la medicina que comenzaron a ser normativas.

Es en los años noventa que tanto activistas como académicas transgénero en Estados Unidos, como Sandy Stone y Leslie Feinberg, acuñaron el término transgénero como un término paraguas para distintas experiencias que cuestionaban el binarismo de género que promovía la medicina, a la par que se hacía una crítica a conceptos esencialistas del género y se comenzaba así un discurso crítico de lo trans sobre el sexo y el género, que más tarde se uniría al feminismo.

En 2010, en Europa, surge la campaña *Stop Trans Pathologization 2012* que busca despatologizar las distintas formas de ser trans, reconociendo la pluralidad de vivir el género tal y como hombres y mujeres lo hacen.

III. ONTOLOGÍA, ACTUALIDAD Y CONTROVERSIAS: EL CUERPO TRANS DEVINIENDO

La emergencia plena de un sujeto y una corporalidad trans a mediados del siglo pasado no representa, como ya hemos visto, el fin de la historia ontológica del cuerpo trans. Este cuerpo y la subjetividad que le acompaña continúan en transformación, y en esta última sección queremos atender precisamente las controversias que hoy en día informan a esta ontología.

Sin embargo, es menester aclarar que este constante devenir no es privativo del cuerpo trans. La radical apertura e historicidad, no únicamente de las identidades sino también de las subjetividades y corporalidades, es algo que ha sido ya descrito

por feministas de la tercera ola.²³ Es importante aclarar este punto para enfatizar que todo cuerpo y toda subjetividad experimentan hoy en día fuertes cambios. La llegada de los discursos post-humanistas y de las ontologías cyborg son ejemplos de esta percatación acerca de la radical transformación —que no deshumanización— de las viejas lógicas modernas en torno al cuerpo y el sujeto.²⁴

Sea como fuere, nos parece que hoy en día hay tres controversias que cruzan al cuerpo y el sujeto trans y que son nuevos ejes para su constitución. Tenemos en mente al embate del feminismo trans-excluyente (TERF, por sus siglas en inglés), el tema de las infancias trans y, por último, el tema mismo de la despatologización. En estos tres casos figuran espacios de emergencia conformados por discursos, tecnologías y actores inmersos en controversias tanto acerca del lugar social y político que deben ocupar los sujetos trans como sobre la propia coherencia e inteligibilidad de dicho cuerpo.

Con respecto al primer punto, identificamos la obra de Janice Raymond²⁵ como un punto de quiebre que inauguró una serie de discursos en torno al sujeto trans, que simplemente no le dan cabida al interior del feminismo pero que además colocan, tanto a hombres como a mujeres trans, en calidad de sujetos sospechosos al describirlos, respectivamente, como lesbianas que han buscado los privilegios de la masculinidad, o eunucos al servicio del patriarcado que irrumpen en espacios de mujeres para desarticular sus luchas. Estas posiciones implican que el feminismo trans-excluyente dibuja al sujeto político del feminismo de una manera especialmente rígida, atándolo al sexo biológico, entendido como una suerte de universal natural y transhistórico, y ejerciendo la escisión criticada al comienzo de este texto.

²³ Haraway, D., *op. cit.*; Braidotti, R., *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Madrid, Gedisa, 2015.

²⁴ Hayles, N. K., *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

²⁵ Raymond, J. G., *The Transsexual Empire*, Nueva York, Beacon Press, 1980.

El movimiento TERF, en cualquier caso, se alimenta de lecturas simplistas del feminismo de la diferencia, ya que éste colocó en el centro de su reflexión no a la categoría de género sino a la noción misma de *diferencia sexual* como nodo articulador; este último concepto es entendido aquí como la simbolización psíquica de las diferencias sexuales somáticas y de las vivencias fenomenológicas que les vienen asociadas.²⁶ Sin embargo, este movimiento ignora que desde los feminismos de color y de la diversidad funcional se hizo un fuerte llamado de atención al señalar que no hay una única vivencia fenomenológica de lo femenino, y que la simbolización psíquica tampoco es unívoca.²⁷ De allí que no posean argumentos legítimos para trazar una frontera entre las mujeres cis y las mujeres trans.

Como sea, este feminismo trans-excluyente ha cuestionado la idea misma de “identidad de género”, considerándola vacía y carente de referente alguno; con ello, han buscado hacer imposible o inviable al sujeto trans. Han, así también, acusado a los sujetos trans de fomentar visiones esencialistas e innatistas del género al presentarse como personas que siempre fueron hombres o mujeres. Estas acusaciones han abierto un fuerte debate que dista mucho de estar resuelto pero que ha llevado a resaltar que hay muchas variedades de cuerpos trans y que no todos caen dentro de un binario, pero que aquellos que así lo desean no deben ser considerados especialmente perniciosos, pues no es responsabilidad del sujeto trans el fungir como vanguardia en la lucha contra el binarismo. De igual manera, ha sido necesario reiterar la legitimidad de la noción de identidad de género pero no ya pensada como una suerte de hecho psicológico dado por una biología misteriosa, sino como una suerte de punto de coherencia o integración de la agencia práctica de los sujetos que se

²⁶ Un triste ejemplo de cómo el feminismo de la diferencia puede conllevar descalificaciones del cuerpo trans lo encontramos en Grosz, *op. cit.*

²⁷ Weis, G., *op. cit.*; Campbell, F., *Contours of Ableism: The Production of Disability and Aabledness*, Nueva York, Springer, 2009.

viven y presentan a sí mismos como ocupando posiciones generizadas que les permiten navegar por el mundo.

Un último punto que vale la pena mencionar y que nos enlazará con el segundo aspecto que deseamos discutir en esta sección —la infancia trans— es su sostenido rechazo a aceptar la posibilidad de que puedan existir niños, niñas y adolescentes trans. Para muchas feministas TERF la transexualidad implica una suerte de disciplinamiento heterosexualizante de niños y niñas homosexuales que se ven intervenidos para restaurar una heterosexualidad hipercompulsiva.²⁸ Nótese que aquí también las feministas TERF presuponen la naturalidad de la homosexualidad como algo dado y ajeno a un devenir ontogenético e histórico, de nuevo escinden al cuerpo entre soma y cultura, y es por ello que consideran que la transexualidad es una suerte de mecanismo cultural disciplinario y patriarcal que atenta contra una orientación sexual supuestamente natural.

De lo anterior extraen una comparación entre las infancias trans y los movimientos eugenésicos de comienzos del siglo XX, diciendo que dichas tecnologías atentan contra los derechos reproductivos de niños y niñas homosexuales, castrándolos *de facto*. Lo que desde luego no comprenden estas voces es la posibilidad genuina de que durante la ontogenia el sujeto negocie una posición tal que se consolide una imagen de sí mismo no a través de la identificación con una subjetividad homosexual, sino a través de la identificación con una subjetividad/corporalidad trans.

Entrando, ahora sí, de lleno al punto de las infancias queremos simplemente señalar que la idea misma de la posibilidad de niños, niñas y adolescentes transexuales o transgénero extiende el alcance biográfico de la percatación de que no se habita el cuerpo por medio del género que se quisiera, y extiende así también el alcance ontogenético de la noción de transición de género, llevándolo incluso a momentos muy tempranos de la vida. Esto es

²⁸ Jeffreys, S., “The Transgendering of Children: Gender Eugenics”, *Women’s Studies International Forum*, 35(5), 2012, pp. 384-393.

una ruptura con las figuras de la transexualidad que observamos durante el siglo XX, en parte porque inaugura un nuevo espacio de reflexión acerca de si los menores son sujetos epistémicos competentes en lo que respecta a su autoconocimiento —sus creencias *de se*— en lo que se refiere a su identidad de género.²⁹ Y en parte porque ese debate implica la transformación de los marcos legales y médicos que harán posible dichos tránsitos al enfatizar el derecho de los menores a participar en la decisión más importante de sus vidas: responder a las preguntas de quiénes son y quiénes quieren ser.

En cualquier caso, la posibilidad de hablar de infancias trans parece alimentar narrativas transnatalistas, es decir, narrativas biográficas en las cuales la condición trans es innata, fija e inmodificable. Si ello es el caso, tal pareciera que este rasgo habrá de expresarse muy pronto en la vida y que sería no sólo inmutable, sino una suerte de invarianza a través de la historia de vida. Sin embargo, en esta controversia ha quedado claro que hay experiencias trans evanescentes de niños, niñas, adolescentes e incluso adultos, que tienen etapas en las que se identifican como personas trans para luego dejar de hacerlo. Hoy en día es menester reconocer que estas experiencias existen y que resignifican la oposición misma cis/trans como una suerte de corte ontológico insalvable e inamovible. Ello implica reconocer que no debemos abordar las experiencias trans dentro de un marco epistemológico que pretenda rastrear estas mencionadas y presuntas invarianzas biográficas, porque el género es mucho más fluido que eso.

Finalmente, para cerrar este texto, así como con las infancias se hace una apelación a los derechos para dar cuenta de la necesidad de transformar una vez más al sujeto trans para dejar de

²⁹ Guerrero McManus, F. y Muñoz Contreras, L., *Epistemologías transfeministas e identidad de género en la infancia: del esencialismo al sujeto del saber*, manuscrito sin publicar; Alcántara, E., “Niñas y niños: el derecho a existir sin diagnóstico”, *Derecho a la identidad de género de niñas, niños y adolescentes*, México, Tribunal Superior de Justicia-Consejo de la Judicatura de la Ciudad de México, 2016, pp. 111-134.

pensarlo desde la tutela médica y empezar a pensarlo desde una autonomía epistémica en la cual se conoce y se decide sobre la propia vida, así también se gesta hoy en día un movimiento en favor de la despatologización para el grueso de los cuerpos trans. Consideramos que esta controversia es la tercera que hoy en día transforma la ontología del cuerpo trans.

No ahondaremos en los detalles de este punto, pues María Fernanda López López (en este volumen) dedica un ensayo específicamente al tema de la despatologización del cuerpo trans. Basta decir simplemente que ésta es una transformación mayúscula, pues implica que la lógica misma del cuerpo trans ya no se asienta en una patologización que asume un malestar psíquico con respecto al propio cuerpo —las famosas *dismorfia* y *disforia de género*— como fundante del sujeto trans. Tampoco asume que es patológica o incongruente la condición misma de que el sexo del soma no se alinee con la identidad de género y que la salud psíquica demande o imponga la necesidad de restaurar dicha alineación.

Por el contrario, el sujeto trans se construye desde estas lógicas como la consecuencia natural del derecho a la identidad y del derecho al libre desarrollo de la personalidad, en el entendido de que los procesos de generización de un sujeto, si bien no son voluntarios, tampoco están determinados o anclados en una biología, y que es perfectamente posible ocupar posiciones sociales que no emanan de una lectura biologicista del sujeto, sino que remiten a cómo el sujeto se coloca dentro de un campo político-generizado.

IV. BIBLIOGRAFÍA

ALCÁNTARA, E., “Niñas y niños: el derecho a existir sin diagnóstico”, *Derecho a la identidad de género de niñas, niños y adolescentes*, México, Tribunal Superior de Justicia-Consejo de la Judicatura de la Ciudad de México, 2016.

- BRAIDOTTI, R., *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Madrid, Gedisa, 2015.
- BUTLER, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of Sex*, Nueva York, Taylor & Francis, 2011.
- CAMPBELL, F., *Contours of Ableism: The Production of Disability and Aabledness*, Nueva York, Springer, 2009.
- DERRIDA, J., *Specters of Marx: The State of the Debt, the Work of Mourning and the New International*, Nueva York, Routledge, 2012.
- FOUCAULT, M., *The History of Sexuality: An Introduction*, Nueva York, Vintage, 1990, vol. I.
- FREEMAN, S. K. y MEYEROWITZ, J., *How Sex Changed: A History of Transsexuality in the United States*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.
- GROSZ, E. A., *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*, Indiana, Indiana University Press, 1994.
- GUERRERO MCMANUS, F., *¿Naces o te haces? La ciencia detrás de la homosexualidad*, México, Paidós, 2013.
- GUERRERO MCMANUS, F. y MUÑOZ CONTRERAS, L., *Epistemologías transfeministas e identidad de género en la infancia: del esencialismo al sujeto del saber*, manuscrito sin publicar.
- HACKING, I., “Historical Ontology”, *In the Scope of Logic, Methodology and Philosophy of Science*, Ámsterdam, Springer Netherlands, 2002.
- HARAWAY, D., *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge, 2013.
- HARMAN, G., *Prince of Networks: Bruno Latour and Metaphysics*, Londres, re-Press, 2010.
- HAYLES, N. K., *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.
- JEFFREYS, S., “The Transgendering of Children: Gender Eugenics”, *Women’s Studies International Forum*, vol. 35, núm. 5, 2012.

- LATOUR, B., “On Actor-Network Theory: A Few Clarifications”, *Soziale welt*, 1996.
- MARCUSE, H., *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*, Nueva York, Beacon Press, 2015.
- MC MANUS, F., “The Structure of Explanations and Counter-Explanations of Homosexuality”, *The Open Journal of Philosophy*, vol. 2, núm. 4, 2012.
- MOL, A., *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice*, Durham, Duke University Press, 2002.
- PONS, A. y GAROSI, E., “Trans”, en ALCÁNTARA, Eva y MORENO, Hortensia, *Conceptos clave en los estudios de género*, México, UNAM-PUEG, 2016.
- PRECIADO, P., *Manifiesto contra-sexual: prácticas subversivas de identidad sexual*, Madrid, Pensamiento Opera Prima, 2002.
- PRECIADO, P., *Tésto Yonki*, Barcelona, Huertas, 2008.
- RAYMOND, J. G., *The Transsexual Empire*, Nueva York, Beacon Press, 1980.
- WEIS, G., *Body Images: Embodiment as Intercorporeality*, Nueva York, Routledge, 2013.